

PRECIOS DE SUSCRICION.

Cartagena.—Un mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó letras de fácil cobro.—Corresponsales en París E. A. Loreite, rue Cuvier, 6, Mr. J. Jones Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, Mr. C. 16C.—Administrador, D. Emilio Garrido López.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Martes 25 de Febrero de 1890.

¡NO MAS VIRUELAS!

En vista de los felices resultados obtenidos de la inoculación de la linfa vacuna procedente del Instituto de Murcia, se han traído cristales para la venta en la farmacia de la Sra. Viuda de Martí.

Para mayor seguridad se renuevan cada 15 días. Precio 3 pesetas. Mayor 28.

EL ARTE DE HACER SABIOS.

Es verdaderamente antihigiénico y antinatural lo que se hace generalmente con los niños gracias á los vivos deseos que manifiestan los padres de hacer sabios á toda costa á sus hijos.

La ciencia aconseja de un modo terminante, que no se deben exigir más de cuatro horas de trabajo á los niños menores de diez años. Desde esta edad hasta los quince años, se les pueden conceder seis, desde los quince ocho horas, reduciendo el sueño á ocho ó nueve horas. Conviene además otorgarles dos días completos de descanso por lo menos en a semana. La antigua práctica española de muchos profesores de dar los jueves y domingos ajustado á lo que aconseja la moderna pedagogía.

Es preciso no olvidar nunca que el niño necesita mucho más que el adulto, descanso, sueño, aire y el ejercicio.

Es un error craso el creer que antes de los veintidos años el hombre puede ser un sabio. Las precocidades son siempre deplorables, así en el orden físico como en el moral, y sin que neguemos que haya organizaciones que pudieran considerarse como privilegiadas, las cuales presentan rasgos bastantes á simular madurez de juicio, gran profundidad de conceptos y extraordinarios vuelos mentales, es lo cierto que los verdaderos sabios, los hombres verdaderamente útiles para la patria, se crean de veinte á cuarenta años.

Este prurito de nuestros tiempos de obligar á los niños á que sean prodigios de memoria, de penetración y de raciocinio antes de la edad debida, no conduce á otra cosa que hacer estériles para siempre cerebros que en otras condiciones, y con otra educación, podían ser, si no lumbreras, por lo menos activos obreros de la ciencia, artistas distinguidos, seres fuertes que no legaran á sus hijos una organización decadente como herencia orgánica, y unos cuantos laureles marchitos bien pronto por las amargas lágrimas de los deudos y la indiferencia de una sociedad que olvida pronto.

La gimnasia, los ejercicios corporales, y sobre todo, el no desear que los jóvenes sean sabios á toda costa, son ideales que deben generalizarse entre todas las familias de una manera rápida, pues semejante preocupación está, por desgracia generalizadísima en nuestro país, y por lo común en toda la raza latina.

Es cierto que ésta tiene la primacía en lo que á inspiración se refiere, pero no es menos exacto que la mayoría de los hombres carecen de vigor físico y vigor moral, por cuya causa se notan en las inteligencias, que parecen más fecundas deplora-

bles caídas y runas rápidas, no pocas muertes prematuras. Aparte de una relajación notable en las costumbres de los que no sintiendo amor á la ciencia y al arte, buscan por tortuosos y nefandos caminos esos dilettes que el hombre ansia casi siempre, sin pensar que agotan muy pronto en ellos las organizaciones más vigorosas.

Cámbiese el fatal «arte de sabios», por la santa «ciencia» de hombres de bien: otórguese por padres, maestros y hombres de estado, alguna importancia á los problemas educativos, pues de lo contrario, las generaciones que hereden nuestras dudas y nuestras miserias actuales, hijas quizá de los mismos males que delatamos, arrastrarán en el mundo una vida ruin con todas las angustias de un insostenible sacrificio.

Dr. Tolosa Latour

UN BAILE EN SAN PETERSBURGO.

El lunes de la semana última se dió en el Palacio de Invierno de la capital de Rusia el primer gran baile de la estación.

Entre los cuatro mil invitados figuraban los altos funcionarios civiles y militares de la capital, con sus señoras é hijos; los nobles, el Cuerpo diplomático, los oficiales de la Guardia imperial y de la marina, y un gran número de extranjeros distinguidos.

La comitiva imperial se presentó á las nueve. El czar llevaba el uniforme de los cosacos de la Guardia. La zarina atraía todas las miradas por su magnífico traje de raso blanco, con el cuerpo adornado de hermosísimas piedras finas, y cruzado por una banda toda de diamantes. S. M. ceñía su garganta con un collar de tres vueltas, hecho de valiosos diamantes, y en la cabeza ostentaba una diadema muy alta, á modo de tiara, de brillantes del tamaño de una avellana.

La duquesa de Edimburgo, del brazo del czarowitz, llevaba un vestido de raso blanco, adornado de perlas y diamantes.

Iban detrás el duque de Edimburgo, con uniforme de almirante, dando el brazo á la gran duquesa Isabel Feodorovna, y el gran duque Jorge con la gran duquesa de Mecklenburg-Strelitz.

Se bailó en la sala Nicolás, iluminada por innumerable cantidad de lámparas eléctricas.

Los buffets se habían instalado en la galería militar, la rotunda, la antecámara y el jardín de invierno.

La mesa destinada á la cena ofrecía un golpe de vista fantástico.

Según la costumbre de la corte de Rusia, el emperador andaba por todas partes conversando con los comensales, que permanecían sentados.

La emperatriz, servida aparte, tenía á su derecha al embajador de Austria y á su izquierda al embajador de Inglaterra.

Los embajadores de Francia y de Turquía se sentaban enfrente de la emperatriz.

Los miembros de la embajada de Alemania no asistieron por consecuencia del luto de la emperatriz Augusta.

He aquí el menú de la cena:

Consommé andaluz
Pailles, petits pâtés
Langoustes froides á la Bragatión
Cotelettes de perdreau á la bonémienne
Poulets reine rôtis
Salade

Asperges d'Argenteuil sauce hollandaise
Biscuits glacés aux macarons
Dessert

Un detalle: los espárragos frescos y procedentes de Francia costaron 15.000 pesetas.

Variedades.

Solución á la charada inserta en el número anterior.

PAPELERA

Charada

Mi vecino Marcos todo para mayor diligencia, saca la primera tres por una segunda tercia.

A. A.

La solución en el número próximo.

UN CUALQUIERA

Nació, y como si con nacer hubiera cometido un gran delito, ó como dijo Calderón por boca de Segismundo, porque «el delito mayor del hombre es haber nacido», le arrojaron al torno de una inclusa.

Allí, en su cunita, mamaba por turno, y desde niño debió de llegar á pretender que no se mame siempre que se llora, sobre todo cuando ese primer aliento se debe á la caridad colectiva, que es una caridad parecida al sol de invierno; que alumbra y no calienta.

Creció, y su infantil imaginación no llegó á formarse una idea completa de lo que era el mundo fuera del hospicio.

Le parecía que los que habitaban fuera de aquel establecimiento eran privilegiados y superiores, puesto que gozaban de libertades que á él le eran negadas.

Su corazón... ¡bah! ¿Quién se preocupa de formar el corazón de un inclusero?

Allí, entre los pliegues de su conciencia, bullían sentimientos diversos que no sabía explicar, ni nadie se cuidó de explicárselos.

Nunca un beso cariñoso caldeó su sonrosada frente, ni la dulce presión de un abrazo rodeó su débil cuerpo.

Jugando con otros compañeros de reclusión, cayó y se fracturó un brazo.

Amor de no pocos dolores, recibió como alivio la sabia reprimenda del director, que le largó un discurso sobre los males que se acarrearán los chicos traviesos, con lo cual, si no quedó consolado se le aumentó el dolor de cabeza por la fiebre producido.

Apenas repuesto y cumplida ya la edad reglamentaria, fue despedido del hospicio.

Es verdad que no se le había enseñado ningún oficio; pero, qué le importaba? Ya se le había mantenido durante dieciocho años, y esto era más que suficiente caridad.

¡Como que era una caridad de dieciocho años!

Buscó el infeliz trabajo para poder vivir; apenas pasó el atolondramiento que le produjo encontrarse completamente solo en el mundo y disfrutando de una libertad que le hacía daño.

Llegó á un taller y allí el maestro, con voz no muy dulce, le sometió á interesante interrogatorio:

—¿Cómo te llamas?

—Daniel,—respondió el inclusero.

—¿De dónde eres?

—Del hospicio,—respondió con timidez.

—¿Y qué sabes hacer?

—Nada,—dijo ingenuamente el pobre chico.

—No es gran cosa, replicó el maestro echándole á chascos;—pero en fin aquí aprenderás. Por de pronto, ahora vas á hacer cuanto te mande, y por mucho ojo, que aquí no se quieren holgazanes.

El pobre Daniel se esforzó por complacer á su nuevo «protector», pero la rotura del brazo le impedía ciertos movimientos, y era poco menos que inútil para su oficio.

En vista de esto, el maestro le dijo muy claro que no le servía para nada, y le plantó en medio de la calle.

¿Dónde iría el pobre Daniel entonces?

¿Quién sabe!

Pero la sociedad no se preocupa ni se debe preocupar de tales cosas, bastante tiene que hacer con fomentar las sociedades protectoras de animales y la cría caballar.

Vagó un día y otro el inclusero por calles y plazuelas, sin encontrar un taller en que fuera admitido y sin albergue fijo.

Acurrucado en el quicio de una puerta unas veces, ó en las inspecciones de orden público, donde «por vago» era detenido otras vertió acerbos lágrimas que, si no le consolaban, parece como que le descargaban un peso que allí en el fondo de su corazón sentía.

Cansado de esperar mejor suerte, y sin esperanza alguna, pensó en darse la muerte.

¿Qué mal había en ello? Tenía tan confusas ideas de la moral, que el suicidio le parecía la cosa más natural y corriente.

Dicho y hecho. Paso á paso se dirigió el pobre Daniel hacia un río, y á él se arrojó de cabeza; las aguas abrieron paso, dejándole sepultar en su seno.

Este fue el primer abrazo que recibió el desgraciado inclusero.

Pero no se ahogó. Un pescador que le vio caer arrojóse al agua, sin ocurrírsele siquiera que iba á saltar á un hijo del vicio, y cogido tole de los cabellos, le sacó exánime á la orilla.

Llevaron á Daniel al hospital, y cuando abrió los ojos sintió súbita alegría al encontrarse en aquella amplia sala.

¡El infeliz creyóse tras la vida al hospicio!

Pronto salió de su error y el pobre inclusero no acertaba á comprender el por qué la sociedad que le condenaba á muerte, no le perdonaba, sin embargo, matarse.

Se restablizó al fin, y con menos fuerzas y algunos sanos consejos que no suelen tener valor en venta salió del hospital.

Volvió á mendigar y ¡oh fortuna! logró Dios sabe como, encontrar un destino en una casa de misericordia.

Daniel parecía destinado á habitar los albergues de la caridad al por mayor.

No he de decir aquí la alegría que el héroe de nuestra verdadera historia sintió al tomar posesión de su cargo.

Pero la suerte y la fortuna ensorbecen á los hombres, y Daniel llegó á tener tales infusos, que no permitía que nadie le pegara ni le maltratase.

¡Eh! muy tonto! ¡Ni más ni menos que si no hubiera sido inclusero!

Claro es que á pesar de su soberbia recibía ca la paliza que lo baldaban, y muy espacientemente un enfermero, muy fornido y muy bruto, solía zurrarle que aquello daba gusto.

Como Daniel, por espíritu y temperamento, era el hombre de las grandes resoluciones, se le ocurrió, como único medio de librarse de las palizas, matar al que las daba.

El remedio, como se ve, no podía ser más eficaz.

Dorante su verdugo; espíabale el inclusero, y cuando comprendió que impunemente podía llevar á cabo su criminal propósito, hundió un cuchillo en aquel cuerpo entre-